

G. MUNIS

LAS JORNADAS DE MAYO

BARCELONA, 1937

NOTAS DE INTRODUCCION

El presente texto corresponde al capítulo XV del libro JALONES DE DERROTA:PROMESA DE VICTORIA de G.Munis(Editorial Lucha Obrera- México,1948).

La publicación de este texto es sumamente interesante en la situación actual,y ello por varias razones: Por ser totalmente desconocido en España,ya que solo existen por aquí algunos ejemplares entrados clandestinamente;de otra parte,en él se analizan minuciosamente los comportamientos de las mas importantes organizaciones existentes durante la guerra;también por mostrarnos una de las hazañas mas heróicas del proletariado mundial en los últimos años,hechos que por su carácter netamente revolucionario son silenciados o deformados por todos aquellos que querrían justificar sus vergonzosos comportamientos antirrevolucionarios ante las nuevas generaciones proletarias para resurgir nuevamente del desván donde la historia y nuestra clase los arrumbaron.
El eje central de las jornadas de mayo pasa por los dos polos antagónicos que durante los últimos siglos están enfrentados en una lucha sin cuartel,en una lucha en la que se juega la supervivencia de ambos.Estos dos polos son: CAPITAL Y TRABAJO.
De un lado,el proletariado catalán que con la HUELGA INSURRECCIONAL trata de defender las conquistas del 19 de Julio de 1936.Del otro extremo,la contrarrevolución capitalista encabezada por el stalinismo y el resto de organizaciones llamadas obreras.No obstante serían los stalinistas(P.C.E. y P.S.U.C.),los que encabezarían la ofensiva reaccionaria utilizando para ello el gobierno capitalista(la Generalitat) y las fuerzas represivas de este gobierno(guardias de asalto),con el objetivo de arrebatar al proletariado su poder tanto económico como político a través de un ataque sistemático a la propiedad socializada,a los órganos de gobierno(Comités) y a la expresión armada de la insurrección proletaria(milicias).
A través de tortuosos caminos,el Capital trata de recuperar las posiciones perdidas.Las provocaciones de los comunistas del P.S.U.C. a los trabajadores son cada día mas visibles y profundas;el intento de desa

lojo de la Telefónica,sería la gota que colmase el vaso de la ira proletaria y su espontanea y fulminante reacción.Al igual que en julio del 36,el mayo 37 de Barcelona mostraría la enorme capacidad ofensiva del proletariado y la incapacidad de resistencia del capitalismo tradicional;sin vanguardia de ningún tipo,los trabajadores de Barcelona se lanzarían a la calle adueñándose de ella en breves horas.
Pero los trabajadores no contaron con ciertos elementos que condicionarían los acontecimientos en gran manera,tales como la vergonzosa capitulación de las direcciones tanto anarquistas como poumista.
Los acontecimientos de mayo mostrarían al proletariado que en adelante al plantearse el enfrentamiento, solo debería contar con sus propias fuerzas.No existen redentores para la humanidad;solo la voluntad inquebrantable del conjunto de la clase,puede llevar hacia la liberación total:HACIA LA SOCIEDAD SIN CLASES,HACIA LA DESTRUCCION DE LA ESCLAVITUD ASALARIADA

Un aspecto que merece la pena destacar con respecto a las JORNADAS DE MAYO,es el comportamiento del Movimiento Libertario.La traición de la dirección anarquista,no puede ni debe hacernos olvidar la capacidad del anarquismo español en la educación de nuestra clase,su comportamiento revolucionario numerosas veces demostrado,ni su entrega total a la causa de la revolución proletaria.Su error fundamental ha sido el crear organizaciones obreras permanentes como instrumentos revolucionarios,sin caer en la cuenta de que toda organización permanente y estable a la larga,segrega unos intereses específicos y una secta dirigente que antepone sus propios intereses políticos específicos,a los intereses generales de la clase a la que dicen representar.En Mayo-37,no solo tuvieron un comportamiento contrarrevolucionario los partidos políticos como no podía ser de otra manera, sino también todas las organizaciones sindicales,fueran estas socialistas,comunistas o anarquistas.Solo el proletariado de forma espontanea,y al margen de toda dirección,tomó las armas en la defensa de su propio poder.Se acabaron las épocas de los mitos,las banderas,los partidos y los sindicatos.Solo queda aquello que existía desde el principio:CLASE CONTRA CLASE,Y CONSIGUIENTEMENTE LA GUERRA DE CLASES.

Barcelona,1976.

Capítulo XV

LAS JORNADAS DE MAYO

«Quienes hacen revoluciones a medias, cavan su tumba.»—Saint-Just.

Desde que se hacen revoluciones en la historia, se las suprime invariablemente por la persecución, el asesinato, el exterminio de sus representantes, la calumnia, etc., etc. La aplicación cuantitativa del método cambia según la intensidad de la revolución y las necesidades de la contrarrevolución; cualitativamente es inalterable a través de los tiempos. Para el movimiento revolucionario moderno es esta una verdad definitivamente adquirida. Se trata únicamente de completarla en cada momento, reconociendo una a una todas las piezas de la contrarrevolución, a la que frecuentemente se agregan partidos antes revolucionarios. Las fuentes de la contrarrevolución se encuentran —no puede ser de otra forma— en el sistema capitalista, pero en los tiempos actuales la máquina contrarrevolucionaria echa mano, cada vez más frecuentemente, de las piezas incrustadas en el movimiento obrero mismo. Privado de ellas, el capitalismo habría sucumbido hace decenios. España es, sin duda, la más fehaciente de las pruebas. Las piezas auxiliares de la contrarrevolución en el movimiento obrero aparecieron durante la guerra civil visibles al ojo más miope, desempeñando ellas mismas la función principal.

Fué precisamente en mayo de 1937 cuando la contrarrevolución, cumplido su trabajo preparatorio, juzgó llegado el momento de pasar de la ofensiva verbal a la ofensiva armada, avalanzarse sobre la revolución, desarticularla, obligarla a retroceder, aniquilarla. En ese momento, todos los tapujos fueron arrancados por la violencia misma del choque. Los dirigentes y las organizaciones obreras quedaron desnudos en medio de la calle, los unos haciendo gala de su naturaleza reaccionaria, de sus taras pequeño-burguesas los otros, de sus indecisiones e incapacidades los de más allá, de su austeridad revolucionaria los menos. La línea divisoria entre capitalismo y socialismo, generalmente indistinta en momentos pacíficos, marcóse nítidamente entonces, perforando las fronteras de los partidos hasta marcarlos indeleblemente como reaccionarios en las personas

de sus dirigentes. Líderes obreros «comunistas» y «socialistas», algunos anarquistas también, se vieron obligados a gesticular con brazos y piernas, para hacer notar bien al capitalismo mundial que se encontraban del lado de la contrarrevolución. Durante las jornadas de Mayo de 1937, todo el mundo quedó situado en su verdadero puesto. Ese resultado sólo valía la lucha, porque hace prometedora la derrota.

En su segunda etapa, la dualidad de poderes habíase desenvuelto muy favorablemente al extremo capitalista, cuyo Estado, montado sobre fusiles y ametralladoras hechos en Rusia, penaba por reconstituir «el orden.» Pero los elementos de poder dual obrero resistían, y no se resignaban a dejarse disolver pacíficamente, pese las presiones ejercidas incluso desde la dirección de las organizaciones más radicales. La reacción stalino-capitalista buscaba contínuamente ocasiones para atacar la revolución. A fines de abril, la consejería de Orden Público, queriendo poner en práctica el acuerdo de la Generalidad referido en el capítulo anterior, prohibió la circulación y el ejercicio de sus funciones a las Patrullas de Control. Los trabajadores armados que las constituían, se apostaron en puntos estratégicos y desarmaron 250 guardias mandados por la Generalidad a substituirles. Por la misma fecha, la Generalidad envió legiones de carabineros a la frontera, para reemplazar los Comités obreros que la controlaban desde Julio. Fueron rechazados y desarmadas la mayoría. La Generalidad envió nuevos refuerzos, y la lucha por el control de la frontera entre el poder capitalista y el poder obrero se generalizó, desarrollándose con particular intensidad en Puigcerdá. Antón Martín, uno de los mejores militantes cenetistas de la comarca, enemigo de la colaboración, fué asesinado por las tropas del orden. La resistencia era obstinada y frecuentemente victoriosa para el proletariado; pero el poder capitalista tendía a imponerse, porque mientras los Comités obreros que controlaban la frontera pertenecían casi todos a la C.N.T., esta misma C.N.T. colaboraba *lealmente* —es su propia expresión— con el poder capitalista. La victoria se transformaba así en derrota.

Otros muchos choques armados entre fuerzas capitalistas y obreras ocurrían en diversas poblaciones. Pero aunque en Cataluña, contrariamente al resto de España, todavía no existía la censura, la prensa cenetista los silenciaba o les quitaba significación, convirtiéndolos en «incidentes lamentables», cual si se tratara de errores gubernamentales u obreros. La prensa stalinista, no hay que decirlo, los interpretaba con toda la perfidia de sus designios reaccionarios, presentando como fascistas o bandidos los obreros resistentes. Antes de ser desarmado materialmente, el proletariado ya lo había sido ideológica y orgánicamente. Pero a un proletariado que un año antes había vencido y desbaratado el ejército español, no se le podían arrebatar todas sus posiciones sin una lucha seria. Los choques aislados entre revolución y contrarrevolución, si bien debilitaban paulatinamente la primera, dejaban insatisfecha la segunda, cada vez más ansiosa de imponer por completo su dominio. Se presentía un choque general y decisivo; la reacción stalino-capitalista lo quería, lo buscaba y lo provocaría.

En efecto, el día 3 de mayo de 1937, a las 2 horas y 45 minutos de la tarde, el comisario de Orden Público, Rodríguez Salas (stalinista),

amparado por una orden del consejero de la Generalidad, Aiguadé (Esquerra Republicana) irrumpió con una banda de guardias en el edificio central de teléfonos. Funcionaba en perfectas condiciones, desde Julio, bajo la supervisión del comité elegido por los propios trabajadores. Pero la nueva reacción, ya bastante avanzada, no podía desenvolverse libremente sabiendo que los teléfonos estaban en manos del polo obrero del poder. Por otra parte, decidida a buscar la oportunidad de ametrallar las masas y humillarlas, daba deliberadamente a sus exigencias la forma más brutal posible. El stalinista Salas invadió la central telefónica con mayor despliegue de fuerzas que el necesario para tomar una posición avanzada del enemigo. Los obreros se negaron terminantemente a deponer la autoridad de su Comité, y contestaron a las armas con las armas. Sorprendidos en pleno trabajo, hubieron de replegarse a los pisos superiores del edificio, dejando la planta baja en poder de las dos compañías de guardias mandadas por Salas.

El ruido de los primeros disparos extendió por Barcelona un latigazo eléctrico: «¡Traición, traición!» — el pensamiento que desde meses atrás roía la mente y los nervios del proletariado, crispaba ahora las caras pálidas de ira, y los brazos en busca de armas. El grito se propagó de esquina a esquina, hasta llegar a los barrios obreros y las fábricas, hasta las demás ciudades y pueblos catalanes. La huelga general se produjo inmediata, espontánea, sin otra aprobación, a lo sumo, que la de dirigentes inferiores y medios de la C.N.T. Barcelona se cubrió de barricadas con rapidez taumatúrgica, cual si, ocultas las barricadas bajo el pavimento desde el 19 de Julio, un mecanismo secreto las hubiese sacado de golpe a la superficie. La ciudad quedó en seguida en poder de los insurrectos, salvo un pequeño sector del centro. Respuesta unánime del proletariado, acción vertiginosa y apasionada. La provocación stalinista se convertía en un triunfo más del proletariado, igual que la provocación de los militares, en Julio del año anterior, se había convertido en un gran triunfo revolucionario. El dominio del proletariado no admitía la menor duda ni para los enemigos de la revolución. En los barrios obreros, las fuerzas gubernamentales se rendían sin resistencia o se adelantaban al emplazamiento entregando sus armas a los hombres de las barricadas. Inclüso en el centro, puestos de guardias civiles y carabineros se declararon prudentemente neutrales. El mismo hotel Colón, madriguera central stalinista, llegó a sacar bandera de neutralidad.

En poder del Gobierno no quedaba más que un pequeño triángulo teniendo por vértice el edificio de la Telefónica, en cuyos pisos superiores resistieron hasta el fin los trabajadores, y por base la línea comprendida entre la dirección de Seguridad y el palacio de la Generalidad. Fuera de esto no quedaban a la reacción stalino-capitalista sino escasos focos de fácil reducción. Ni siquiera contaba, como en otras insurrecciones barcelonesas, con la artillería de Montjuich. Las baterías del castillo seguían en manos obreras, y a partir de los primeros tiros encañonaron precisamente la Generalidad, listas para hacer fuego a la primera orden de la C.N.T.[1]

---

[1] Aunque se han publicado decenas de relatos de los acontecimientos de mayo

No faltó a los trabajadores insurrectos decisión para tomar el triángulo gubernamental. ni los detuvo tampoco el fuego del adversario; *los detuvo la propia dirección de la C.N.T.* A ella pertenecía la inmensa mayoría de los sublevados. Aunque en ellos había despertado ya muy serios recelos la conducta de la dirección anarquista, todavía tenían confianza en la C.N.T. Era su organización; con ella y por ella habían luchado durante muchos años. Era natural, era forzoso dada la falta de otra organización con bastante fuerza para improvisar la dirección necesaria, que los obreros, formando un estrecho cerco de barricadas en torno a la zona de la Generalidad, esperaran la palabra de la C.N.T. ¿Quién de entre ellos no estaba persuadido que la C.N.T. se pondría a su cabeza con el objeto de desarmar definitivamente el enemigo e incapacitarlo para nuevas asechanzas reaccionarias?

La C.N.T. habló: pero no como esperaban los obreros, para ponerse a su cabeza: habló desde la barricada y para la barricada comprendida en el triángulo Telefónica-dirección de Seguridad-Generalidad. Desde el día 3, los dirigentes de Barcelona se habían esforzado en contener el torrente insurreccional. El día 4, García Oliver y Federica Montseny, ministros en el gobierno de Largo Caballero. llegaban en avión desde Valencia, junto con un representante de la U.G.T., Hernández Zancajo, con el objeto de emplear su influencia conjunta en levantar el cerco obrero a los poderes capitalistas. Inmediatamente se colgaron al micrófono de la radio, condenando la acción de los obreros y ordenando: «¡Alto el fuego!» García Oliver en particular, exaltado por sus responsabilidades con el poder capitalista. enviaba por los aires besos a los guardias de asalto. Durante largo tiempo, la voz de García Oliver martilleó los oídos obreros en las barricadas: «¡Alto el fuego: besos a los guardias de asalto!»

El mismo día 4, se distribuía en las barricadas este manifiesto:

C. N. T. — F. A. I.

> «Deponed las armas: abrazaos como hermanos! Tendremos la victoria si nos unimos: hallaremos la derrota si luchamos entre nosotros. Pensadlo bien. Pensadlo bien; os tendemos los brazos sin armas; haced lo mismo y todo terminará. Que haya concordia entre nosotros.»

Momentos después la C.N.T. hacía radiar:

> «Que sea el gobierno de la Generalidad el que depure en su seno la mala labor que haya podido realizar quienquiera que sea, y por muy consejero que se diga.»

Y seguía un nuevo llamamiento a deponer las armas.

Los obreros no daban crédito a sus oídos ni a sus ojos. ¡La C.N.T. de la que esperaban todo, del otro lado de la barricada! En el momento de asaltar el cielo —como diría Marx—, el cielo se les venía encima. Sin duda, en ninguna revolución han recibido los insurrectos tan inesperada

---

—y no hablo de las falsificaciones stalinistas— se precisa un relato completo, que comprenda todo el escenario de la lucha, para poner de mayor relieve la impotencia de la reacción stalinista... a falta de las capitulaciones que la entronizaron.

y brutal decepción. Se dilucidaba en aquel momento la suerte de la revolución y de la guerra, capitalismo o socialismo, esclavitud o libertad, triunfo de Franco por medio de los buenos oficios stalinianos y reformistas o triunfo del proletariado: se dilucidaba, incluso, si Europa sería irremediablemente condenada a la catástrofe de la guerra imperialista o sería salvada de ella por la revolución internacional. ¡Y la alta dirección de la C.N.T. vino a calificar la lucha de fratricida y enviar besos a los sicarios del capitalismo! No era la revolución, sino la contrarrevolución quien encontraba en ella a un aliado. Fué una devastadora prueba para la dirección anarquista, una de esas pruebas supremas dadas por las necesidades de la acción histórica, de las que una organización sale modificada, cualesquiera que sean sus tradiciones y méritos anteriores. Más de una vez, principalmente el 19 de Julio, el anarquismo español había mostrando un canto oportunista, pero hasta las jornadas de Mayo de 1937 estuvo a tiempo de corregirse a sí mismo. La espontánea y formidable insurrección proletaria sometió al contraste de lo vivo su capacidad para mover el proceso humano, pues las ideas han de ser hechos o se niegan como tales ideas. El anarquismo se negó a sí mismo en las jornadas de Mayo.

Por si los servicios de García Oliver y compañía no bastaban para detener el ataque del proletariado a los partidos traidores, Largo Caballero envió a Barcelona 5,000 guardias de asalto y tres navíos de guerra. Traerían sin duda, para los García Oliver, 5,000 besos del agradecido Estado; para los obreros traían descargas. A medida que la columna gubernamental avanzaba, desbarataba Comités, suprimía locales obreros, desarmaba, encarcelaba, saqueaba, asesinaba, llevaba la desolación a los corazones revolucionarios, la alegría y la esperanza a los corazones reaccionarios y fascistas. Desde pueblos y ciudades, el proletariado, los Comités-gobierno aun vivos, ofrecían telefónicamente a los dirigentes anarquistas de Barcelona detener la columna gubernamental, armas en la mano. Pero no podían dar órdenes de hacerle frente quienes, semejantes a aquellos misioneros que los países imperialistas enviaban antaño delante de sus soldados a los territorios que se proponían reducir a colonias, venían ellos mismos como avanzada sentimental de las tropas gubernamentales. Con toda seguridad, la columna pudo haber sido detenida y desbandada fácilmente. Muchos de sus miembros, recién salidos de las Milicias de combate o fugitivos de las provincias ocupadas por Franco, habrían pasado al proletariado al primer ataque enérgico. Desde Barcelona se pudieron haber destacado varios miles de obreros en socorro del proletariado del sur, más débil numéricamente y con menos armas que el de la capital. Por sí sola, esta medida habría surtido rápidos y poderosos efectos en favor de la revolución, aun más allá de Cataluña, y contando con el triunfo absolutamente seguro de Barcelona, hubiese dado a la insurrección base para establecer directamente contacto con el resto del proletariado, hasta Madrid y Andalucía, para tratar de potencia a potencia con el gobierno capitalista de Valencia, o bien para atacarlo, según determinaran las circunstancias y la actitud de ese gobierno.

Nada semejante pasaba por la mente de la dirección anarquista, pues ya ejercitada en la colaboración sólo veía tinieblas fuera de ella. No ignoraba que el proletariado se batía en aquel momento por la revolución,

y que la contrarrevolución, principalmente representada por el stalinismo, sería implacable caso de triunfar. Precisamente porque lo sabía, al stalinismo iban dirigidas aquellas palabras del manifiesto C.N.T. - F.A.I. «... os tendemos los brazos sin armas; haced lo mismo y todo terminará. Que haya concordia entre nosotros.» ¿Qué habría sido de la gran revolución francesa, si cuando los prusianos y los emigrados franceses estaban a las puertas de París, los jacobinos hubiesen tendido los brazos sin armas a los girondinos, en lugar de expulsarlos del poder, desembarazándose enérgicamente, al mismo tiempo, de cuantos conspiraban contra la revolución? Indudablemente, Luis XVI habría sido repuesto en el trono. Así nuestros anarquistas, habiéndoles faltado la resolución de los jacobinos, salvaron a los girondinos españoles en el momento mismo en que las masas se disponían a exterminarlos, y por conducto de ellos vino la restauración: Franco.

Todavía al entrar en Barcelona la columna gubernamental, no era tarde para la revolución. El prestigio de ésta y del proletariado había penetrado tanto en la conciencia social, que numerosos guardias, al pasar frente a los locales insurgentes, desde donde, tascando rabiosamente las órdenes de «alto el fuego», los obreros les apuntaban con fusiles y ametralladoras, gritaban: «¡Viva la C.N.T.!» «¡Viva la revolución!», saludando con el puño en alto. En lugar de aprovechar la carencia de cohesión de las tropas gubernamentales, la dirección anarquista insistía hora tras hora en que las barricadas fuesen deshechas, en que se dejase entrar sin dispararle un tiro la columna de Valencia y en que cesase la huelga. El proletariado había desoído las recomendaciones de su dirección, tanto, que en numerosas barricadas sólo se hablaba de fusilar a García Oliver y otros líderes. Pero la insurrección no podía encontrar una nueva dirección, ni mucho menos improvisar una. Hubiese sido preciso, cuando menos, tomar el palacio de San Jorge, residencia del gobierno catalán, lo que militarmente apenas presentaba dificultad para el proletariado. Pero en el palacio de San Jorge estaban, junto a los consejeros o ministros stalinistas y burgueses, los consejeros anarquistas, y frecuentemente toda la dirección ácrata tratando con el Gobierno. Mediante estos tratos, los dirigentes prometían obtener el castigo de los provocadores de la Telefónica y la vuelta a la dualidad de armamento y de poderes anterior a ese hecho. Puro embaimiento con el que no se engañaba a las masas ni se engañaban los propios líderes. Pero debido a la imposibilidad de improvisar en medio del fuego una nueva dirección, todo eso sirvió para retener los insurrectos ante el paso decisivo, cansarlos en las posiciones tomadas desde el primer día, desmoralizarlos y dejar actuar las tropas de Valencia. Finalmente, los obreros, sin saber qué hacer, abatidos, fueron retirándose uno a uno de las barricadas, militarmente victoriosos, vencidos, espantosamente vencidos políticamente. Tal es el balance estricto de los acontecimientos de Mayo, sin entrar en el aspecto descriptivo, que ofrece un campo fértil y optimista, pues con esa acción el proletariado español ha dignificado la revolución, envilecida por el stalinismo y el reformismo, y ha dignificado la calidad humana.

Louzon, un honesto sindicalista francés que no puede ser sospechoso sino de parcialidad hacia la C.N.T., ha escrito en el folleto *La Contrarre-*

volución en España: «Por un lado, pues, la superioridad militar de la C.N.T. se reveló de manera innegable en el curso de las jornadas, y por el otro la C.N.T. rehusó siempre emplear esa superioridad para garantizar la victoria.» Unicamente debe puntualizarse que la superioridad militar correspondió a las masas de la C.N.T., no a la C.N.T. como organización, puesto que ésta no hizo absolutamente nada por desencadenar la lucha armada o por dirigirla una vez emprendida, cual esperaban ansiosamente los trabajadores. Tanto los líderes llegados de Valencia como los que siempre habían estado en Barcelona, mas el propio órgano confederal, *Solidaridad Obrera*, se esforzaron en disminuir las proporciones de la lucha y en conciliar la revolución con la contrarrevolución, lo que, cuando menos, significaba impedir el triunfo inmediato de la primera, cuando más asegurar el de la segunda, lo que sucedió. Los trabajadores veían claro como el día que conciliación únicamente podía significar dominio de los elementos contrarrevolucionarios. En las barricadas, el capitulacionismo fraternal de *Solidaridad Obrera* recibía la mayoría de las veces el trato merecido: el periódico era quemado. Fué la acción militar más espontánea del proletariado, en manera alguna de la organización cenetista, la que estableció su superioridad desde el primer día hasta el último de la lucha. Ello muestra inmediatamente la importancia, para los intereses de la revolución, de realizar el armamento proletario. Mal que bien, el proletariado catalán disponía de armas; eso le permitió hacer frente a la contrarrevolución staliniano-capitalista, y si no le permitió triunfar, sentó un aleccionador precedente para el proletariado mundial y abrió horizontes frescos. Julio de 1936 fué la prolongación generalizada de Octubre de 1934: en el próximo período revolucionario, el proletariado tenderá rápidamente a generalizar la experiencia de Mayo de 1937. Si: los enemigos «comunistas» o «socialistas» de la revolución ya fueron reconocidos una vez. En el futuro el proletariado se dirigirá derechamente a anularlos. En mayo, las masas comprendieron que no bastaba estar armadas y haber expropiado a los burgueses para garantizar la revolución. Comprendieron que se necesita sistematizar armamento y economía obreras destruyendo de arriba abajo el Estado capitalista y organizando su propio sistema; comprendieron, sobre todo, que el Estado capitalista, en los momentos más álgidos de crisis, no son los capitalistas individuales ni los líderes de los partidos burgueses, sino las ideas representadas por los líderes stalinistas y reformistas. A costa de la derrota de mayo esa grandiosa experiencia ha sido adquirida. Con el despertar revolucionario aflorará a la conciencia proletaria y pugnará por realizarse.

No es posible pasar en silencio la actitud del P.O.U.M. durante las jornadas de Mayo. Fué la última prueba política de la que salió definitivamente marcado como partido centrista impotente, colocado como un travesaño inerte en el camino de las masas. Durante el infame proceso gepeista que el gobierno Negrín-Stalin siguió a los líderes del P.O.U.M., después de la derrota de mayo, descartadas por insostenibles las falsificadas acusaciones de espionaje, se les condenó por haber querido substituir «el Gobierno legalmente constituído» por otro revolucionario. Nada más lejos de la realidad. Como por entonces tuve ocasión de decir a algunos militantes poumistas, el tribunal staliniano-negrinista hizo al P.O.

U.M. la gracia de darle, elaborado, el programa revolucionario que le faltaba y de atribuirle una actividad política durante las jornadas de Mayo de la que careció por completo.

La actitud del P.O.U.M. durante la lucha de barricadas fué un reflejo dócil de la de la C.N.T. Sus militantes, como los de ésta última, empuñaron las armas y se comportaron valientemente. La organización como cuerpo político fué absolutamente inexistente... o existió peligrosamente inclinada hacia el triángulo Telefónica-dirección de Seguridad-Generalidad, desde donde hablaban de concordia los líderes anarquistas. Una vez desencadenada la lucha, el comité ejecutivo del P.O.U.M. fué a entrevistarse con el comité regional de la C.N.T. Este, absolutamente decidido a obligar los trabajadores a deponer las armas, envió el P.O.U.M. a su domicilio asegurándole que se le llamaría en caso necesario. Mientras tanto, los apaciguadores, los «bomberos», empleando el término despectivo con que los designaban los trabajadores, seguían arrojando, desde la radio y desde *Solidaridad Obrera*, sus chorros de fraternidad. El significado efectivo de esta fraternidad se deduce de dos hechos entresacados de mil. El día 4, habiendo decretado la C.N.T. una tregua en la lucha, mientras negociaba en la Generalidad con los jefes contrarrevolucionarios, fuerzas gubernamentales de la guardia civil aprovecharon la tregua «fraternal» para apoderarse de la estación de Francia. Al día siguiente la C.N.T. dió orden de retirarse de las barricadas, declarando: Ni vencedores ni vencidos; todo el mundo en paz. Pero fué el día de mayores bajas obreras. Sin embargo, tras las vacilaciones naturales al conocerse la orden, los obreros optaron por desobedecerla. Algunas barricadas abandonadas fueron réocupadas inmediatamente. El divorcio entre la dirección y la masa no podía ser más total.

¿Qué hizo el P.O.U.M. con tan excelentes oportunidades? Sus líderes refieren haber hecho proposiciones muy combativas y revolucionarias en la entrevista con el comité regional. Creámosles sin más prueba. Pero una dirección revolucionaria no se distingue sólo por sus *proposiciones* revolucionarias, sino ante todo por su *actividad* para llevarlas a la práctica cuando los demás dirigentes se oponen a ellas. La dirección del P.O.U.M. se mantuvo constantemente a remolque de la dirección anarquista, temiendo separarse de ella cuando ella se negaba a marchar con las masas. El tercer día de lucha, al dar la C.N.T. orden de abandonar las barricadas, la dirección poumista repitió la orden. Rectificó en seguida, una vez que, habiendo dado contraorden los «Amigos de Durruti» y la Sección Bolchevique-leninista de España (trotskistas), los trabajadores desobedecieron las instrucciones de la C.N.T. Finalmente, al desaparecer las últimas barricadas, *Solidaridad Obrera* anunciaba la terminación de la lucha como un triunfo para los trabajadores. Eco lúgubre, *La Batalla* repetía: «Habiendo sido aplastada la tentativa (de provocación) por la magnífica reacción de la clase obrera, la retirada se impone.» ¿Qué valor político, que idoneidad para dirigir la revolución pueden atribuir los trabajadores a un partido que pretendió hacer pasar por victoria la derrota que semanas después produciría su propia ilegalidad y el asesinato de su secretario general? Evidentemente, en ese momento el P.O.U.M. se engañaba deliberadamente a sí mismo, y engañaba a las masas, para no verse obligado a renunciar a toda colaboración y a emprender

una lucha a muerte contra los traidores. Así se redujo al triste papel de cómplice de los cómplices.

Unicamente los dos grupos nuevos ya mencionados, la Sección bolchevique-leninista de España y los «Amigos de Durruti», se colocaron íntegramente al lado del proletariado durante las jornadas de Mayo. Ninguna de esas organizaciones había participado, ni poco ni mucho, en la iniciación del movimiento. Pero ambas lo apoyaron enérgicamente desde el primer instante, se esforzaron por cohesionarlo y por darle objetivos políticos. El primer día de la lucha, la organización trotskista imprimió el siguiente volante, que alcanzó gran popularidad en las barricadas, donde los mismos obreros cenetistas lo distribuían:

¡VIVA LA OFENSIVA REVOLUCIONARIA!

Nada de compromisos. Desarme de la Guardia Nacional Republicana (guardia civil) y de la Guardia de Asalto reaccionarias. El momento es decisivo. La próxima vez será demasiado tarde. Huelga general en todas las industrias que no trabajen para la guerra. Sólo el poder proletario puede asegurar la victoria militar.

¡ARMAMENTO TOTAL DE LA CLASE OBRERA!
¡VIVA LA UNIDAD DE ACCION CNT-FAI-POUM!
¡VIVA EL FRENTE REVOLUCIONARIO DEL PROLETARIADO!
¡EN LOS TALLERES, FABRICAS, BARRICADAS: COMITES DE DEFENSA REVOLUCIONARIA!

Sección bolchevique-leninista de España
(por la IV Internacional)

Un día después, los «Amigos de Durruti» distribuían otro volante con estos párrafos principales:

C N T — F A I

Grupo de los Amigos de Durruti

Trabajadores, exigid con nosotros:
Una dirección revolucionaria, el castigo de los culpables, el desarme de todos los cuerpos armados que participaron en la agresión;
La disolución de los partidos políticos que se han alzado contra la clase obrera.
No cedamos la calle; la revolución ante todo.[2]

Un segundo volante de los «Amigos de Durruti», de cuyo texto completo carezco, avanzaba estas dos consignas: «Junta revolucionaria» y «Todo el poder al proletariado», correspondiendo enteramente, aunque no en la terminología, con otro volante trotskista del que tampoco conservo ejemplar.

Resultado de enorme importancia, dada la filiación orgánica anarquista de los «Amigos de Durruti.» Ambas consignas eran enteramente juntas, aunque la realización de la toma del poder no pudiese ser una consecución inmediata, tanto por la debilidad de las dos únicas organizaciones que apoyaban la insurrección de Mayo, cuanto por la desconexión entre el proletariado catalán y el del resto del país. La derrota no quita importancia al hecho que los «Amigos de Durruti» sacasen en claro

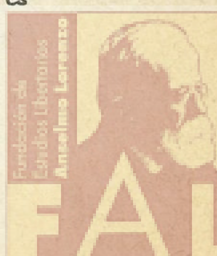
[2] Los textos citados son retraducidos de traducciones francesas.



de la experiencia la necesidad de que el proletariado tome en sus manos el poder político, por medio de sus órganos representativos. Esa conclusión netamente política y revolucionaria, volverá a tener gran importancia en el futuro de las masas confederales, aunque por el momento parezca perdida en el ventarrón de la derrota, que tantas hojas arrastra, las unas realmente podridas, por más que aparenten vida, las otras sanas y dispuestas a crecer vigorosamente en la primera ocasión, por más que se trate de destruirlas. Bien es verdad que en medio del tronar de los fusiles, *Solidaridad Obrera*, expresando el sentir de la gente del «¡Alto el fuego!», trató a los «Amigos de Durruti» de provocadores y agentes capitalistas. Pero no lo es menos que la inmensa mayoría de los militantes confederales simpatizaba con ellos y sabía donde estaban los agentes capitalistas. En las dos direcciones que se marcaron en Mayo dentro de la C.N.T., la de besos a los guardias de asalto y al stalinismo, y la de toma del poder político por el proletariado, se librará en el futuro la batalla por hacer de esa central sindical un instrumento más del Estado reaccionario o salvarla para la revolución. Ni el trabajo de los «Amigos de Durruti» ni el de la Sección bolchevique-leninista será baldío.

Expuesta brevemente la lucha de Mayo y la actitud de las organizaciones situadas a la izquierda del conglomerado contrarrevolucionario del frente popular, veamos su significado político y sus consecuencias. Poco después de los acontecimientos, *La Voz Leninista*, el periódico del trotskismo, ya en plena ilegalidad, escribía: «Mayo es el resultado de la política del frente popular, practicada al unísono por todas las organizaciones y partidos después de Julio de 1936. Sobre el marco de una sociedad no caben dos poderes sino el tiempo indispensable para que uno de los dos domine al otro. En Mayo, el poder burgués era ya lo suficientemente fuerte para eliminar el factor obrero de poder, y esto fué lo que intentó y logró en buena parte.» En efecto, la provocación stalinista fué simplemente el accidente que desbordó la paciencia del proletariado. No habiendo logrado constituirse en poder único, el disperso poder proletario resultante de las jornadas de Julio venía siendo paulatinamente destruído por el poder capitalista redivivo en los líderes obreros. Paralelamente eran atacadas las libertades políticas de las masas y sus conquistas económicas, iniciándose la represión contra los hombres más revolucionarios. El proletariado comprendía inequívocamente que se le estaba arrebatando la revolución que los gobiernos de Valencia y Barcelona habían tomado a su cargo la empresa de la sublevación militar-fascista. Estando parcialmente armado y pleno de combatividad, el choque entre él y la nueva reacción era inevitable, por más que la carencia de una organización indisolublemente ligada a los intereses de la revolución lo condenase de antemano a la derrota. Si la provocación de la Telefónica no hubiese desencadenado la lucha, otra cualquiera habría producido el mismo efecto. El stalinismo las prodigaba, azuzando contra las masas los gobiernos nacional y regional. Uno de los dos debía morir: o la revolución o la nueva reacción stalino-capitalista.

En documentos semioficiales, la dirección anarquista propaló que la provocación de Mayo formaba parte de un amplio plan bien meditado y tramado por el stalinismo y Estat Catalá para aniquilar la C.N.T. No es



necesario estar al tanto de las cábalas contrarrevolucionarias para saber que hay de cierto en realidad. El plan de los conspiradores reaccionarios, a quienes el stalinismo capitaneaba, iba dirigido en general contra la revolución, y de manera inmediata contra el armamento obrero y los restantes Comités-gobierno, sin anular los cuales la reacción no lograría pasar adelante. Pero estando la mayoría del proletariado catalán afiliado a la C.N.T., para aniquilar la revolución era menester dar mate el proletariado cenetista. En ese sentido, es indudable que la cábala reaccionaria se propuso acabar con la C.N.T. como peligro revolucionario. Pero la verdad completa es que fué auxiliada por la propia dirección cenetista. Auxilio doble, en el período preparatorio de reconstitución de las instituciones capitalistas, y directo durante los combates callejeros de Mayo.

En los momentos más difíciles para el capitalismo, la contrarrevolución procura obtener la complicidad de los dirigentes que tienen ascendencia entre el proletariado. Unicamente por medio de ellos puede ponerse en condiciones de atacar frontalmente la revolución. Y en situaciones como la de España, cuando la ola revolucionaria ha destruído todo lo viejo, la reacción depende enteramente de los líderes obreros. Las ideas llanamente capitalistas de los unos (stalinismo y reformismo), la falta de ideas o incluso la deficiencia de las ideas revolucionarias de los otros (anarquismo y poumismo), se convierten respectivamente en la base principal de la reacción capitalista y en la condición de su éxito. Si aquellos atacaban descaradamente la revolución, estos otros la desviaban de su cauce y la desorganizaban. Un Largo Caballero, un García Oliver, una Montseny e incluso un Andrés Nin al principio, eran indispensables para impedir a la ola revolucionaria culminar en la toma de todo el poder político. Los nombres no son aquí mas que símbolos; se trata de la política de las organizaciones respectivas. Mediante el contacto, en el Estado capitalista, con dirigentes de la C.N.T. y el P.O.U.M., la reacción palpó experimentalmente su grado de resistencia, convenciéndose de que podía intentarlo todo sin que aquellos le hicieran cara. Con toda certidumbre, al tramar la provocación de la Telefónica, la contrarrevolución stalino-capitalista contaba, tanto o más que con sus guardias civiles y de asalto, con la actitud que adoptarían los dirigentes de la organización más fuerte, la C.N.T. Si los hubiese visto dispuestos a apelar al proletariado, o siquiera a secundar una acción callejera de éste, no se habría atrevido a tomar la iniciativa, porque en el terreno de la acción se encontraba en gran desventaja. De antemano sabía ella que habría dirigentes con prestigio de luchadores revolucionarios que ordenarían a los trabajadores suspender el fuego y retirarse a sus domicilios. Es absolutamente innegable, para quienquiera ejerza con rigor el análisis político, que los dirigentes anarquistas, cualesquiera intenciones los animaran, fueron una pieza importantísima en la conspiración reaccionaria contra la revolución en general y contra el proletariado cenetista en particular. Si la C.N.T., se revelara incapaz de enjuiciar con toda la severidad necesaria la conducta de su propia dirección, su destino ulterior como central sindical revolucionaria será más que incierto.

El carácter reaccionario de la provocación que originó los sucesos de Mayo no admite la menor duda. Estaba contenido de antemano en el

programa del frente popular, cifra de traiciones. Para el frente popular, la victoria de las masas sobre los militares, la guerra civil misma, eran una contrariedad, un estorbo embarazoso. Había venido al mundo con la misión de conciliar, en beneficio de la contrarrevolución rusa y de los imperialismos democráticos, las clases antagónicas de la sociedad. A esa coincidencia de la diplomacia moscovita con la diplomacia inglesa, francesa y yanki, substrato último del frente popular, se debe que los partidos socialistas de todo el mundo, cuyo radio visual no quiere ni puede ya traspasar los límites que el capitalismo le marca, lo acogieran con tan señaladas muestras de satisfacción. Pero la guerra civil era una rotunda negación del frente popular. Allí donde él decía: conciliación, las masas pusieron: guerra, y no con frases sino iniciando la guerra civil. Lo que el frente popular se proponía conciliar quedó dividido desde el 19 de Julio por una infranqueable línea de fuego. Sus patrocinadores, rabiaban de despecho. Eso no estaba en sus planes, eso no cuadraba con sus intereses. El esquema de la conciliación les fracasaba. Los elementos e instituciones a conciliarse habían sido rechazados por el proletariado al otro lado de las trincheras. La contrariedad era gravísima, pero no todo estaba perdido, puesto que el proletariado no llegó a organizar su propio poder. Por encima de las trincheras, destruyendo la obra revolucionaria de las masas, los hombres del frente popular recomenzaron inmediatamente la obra de conciliación con la burguesía fascista. Pero ahora, dada la dominación revolucionaria de las masas, el frente popular debía persuadir la burguesía española y mundial, dándole ruidosas pruebas de su propia naturaleza reaccionaria. Puesto que el mundo capitalista había sido rechazado a la zona franquista por las armas obreras, en la zona roja el frente popular debía defender los intereses tradicionales del capitalismo. Unicamente por ese camino se vislumbraba una posibilidad de conciliación. La perfidia de los gobiernos y organizaciones del frente popular se explica por este hecho: un capitalista, un fascista, un general o un obispo de la zona franquista eran para él sujetos susceptibles de conciliación; un revolucionario era un enemigo irreconciliable, un forajido, un quintacolumnista.

La tendencia a la «reconciliación entre españoles», empleando el lenguaje staliniano, al «Abrazo de Vergara», según el popular lenguaje de repulsa empleado entonces en España, o la paz con los fascistas, empleando el lenguaje que todo el mundo entiende, tenía que manifestarse rápidamente en el seno del frente popular. Así ocurrió. Tan pronto como los Comités-gobierno fueron debilitados y el Estado capitalista se consideró a salvo, apareció netamente dibujada en el stalinismo, y en el socialismo por las tendencias Prieto y Besteiro. Las capitales de los imperialismos democráticos y el Kremlin, presionaban en ese sentido, viendo la doble ventaja de aniquilar la revolución y disputarle a Hitler la posesión estratégica representada por la península.

La provocación de Mayo fué una de las medidas preliminares consideradas indispensables por el frente popular para llegar a la paz con el campo fascista. Por una parte, aplastando el proletariado, pensaba vencer la obstinada repulsa de las masas a la sola palabra «paz»; por otra parte daba un ejemplo de resonancia mundial, de su fidelidad al orden capi-



LIDARIDAD OBR

AIT

ACION REGIONAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA — PORTAVOZ DE LA CONFEDERACION NACIO

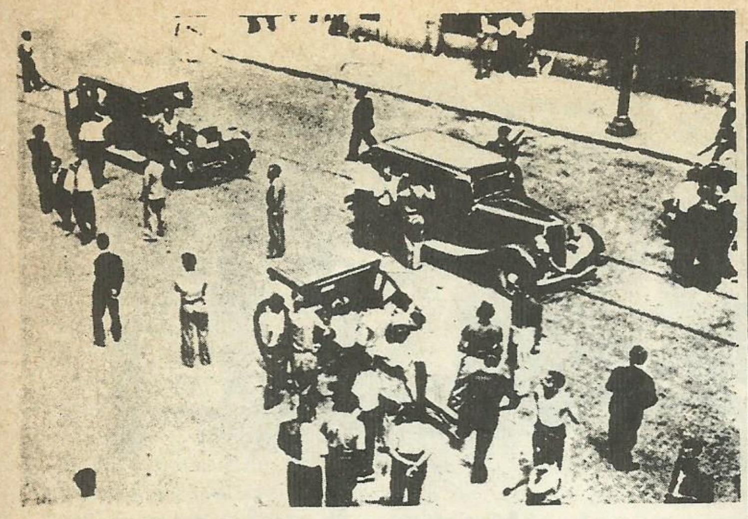
Barcelona, domingo, 25 Abril 1937

TIE-)EL A lega- ensa ensa una por sa de el in- ubli-

Para vergüenza de la Revolución, Francisco Maroto, anarquista revolucionario, está en la cárcel

Exigimos la libertad inmediata de nuestro compañero

De sobra sabemos que ni aun la noticia que se condensa en este título es capaz de mover un espíritu de justicia que ponga fin a la prolongada prisión de nuestro camarada Francisco Maroto. No puede moverlo porque no existe. Si existiera nos hubiéramos ahorrado todas las protestas que consignadas quedan en nuestro diario desde que se procedió a esta reclusión tan absurda e injustificada como sospechosa.



En los sucesos barceloneses de mayo de 1937 (que recoge la imagen), «Mujeres Libres» intentó —sin éxito— llegar a un acuerdo con militantes femeninos de otras tendencias políticas para hacer un llamamiento por radio desde la Generalitat a todas las mujeres, en busca de la concordia entre anarquistas y comunistas.

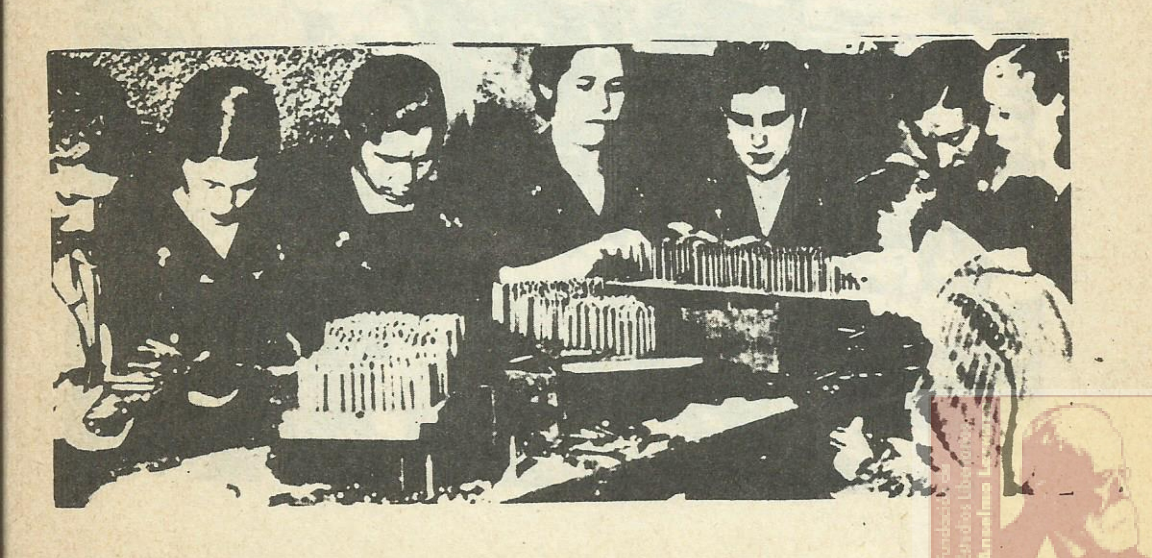


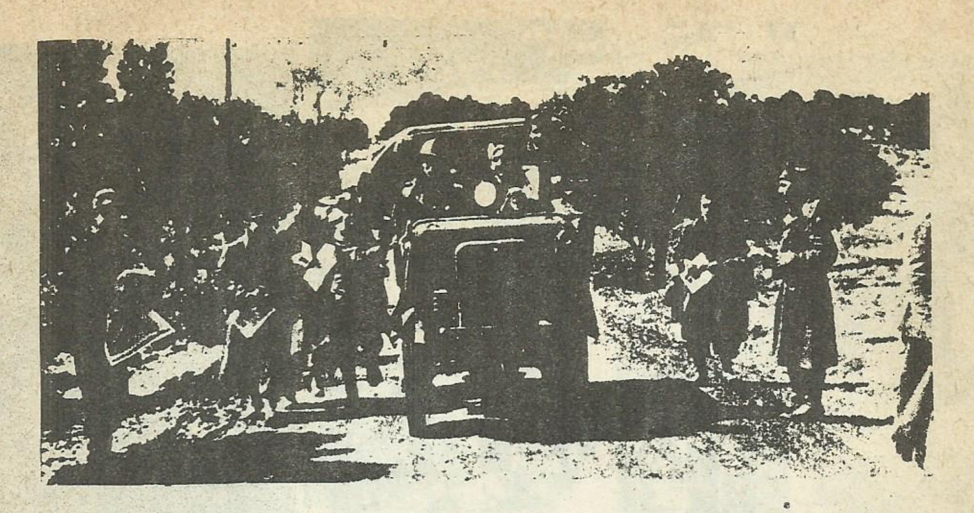
Federica Montseny

CNT-FAI

NINGUNA DIRECCION PUEDE CUBRIR UNAS TAREAS QUE SOLO EL CONJUNTO DE LA CLASE PUEDE DESARROLLAR CON SU ACCION HASTA SUS ULTIMAS CONSECUENCIAS.

LA UNICA GARANTIA DE UNA REVOLUCION ESTRIBA EN LA VOLUNTAD INQUEBRABTABLE DEL CONJUNTO DE LA CLASE REVOLUCIONARIA DE DESTRUIR TODOS LOS APARATOS DE COERCION DEL SISTEMA IMPERANTE, ASI COMO EN EL CAMBIO RADICAL DE LA BASE ECONOMICA EN QUE SE SUSTENTA.





de la guerra civil revolucionaria a la guerra imperialista



FRANCO



STALIN

NEGRIN

AZAÑA



PASIONARIA



Diferentes caras de una misma

CONTRARREVOLUCION CAPITALISTA

INFORMACION DE GRAN INTERES

ERRORISMO POLITICO EN FU

El descubrimiento de una nueva «Checa» en Murcia. - Su historia y sus crímenes. - Impresionante relato de uno de los prisioneros de la tenebrosa organización. - Intervención del Juzgado. - Los culpables, a la cárcel

le nuevos casos
se va perfilan-
de que los orga-
descubiertos re-
ld, y cuyo prin-
ejor 1 responsa-
de Orden Públi-
rectamente liga-
s centros de la
ıúan bajo el de-
lirección; y con
concebido de or-

pero es cierto
que se persigue
el desprestigiar
federal y anar-
le los lugares de
medios oficiales,
modo unas bur-
er.
álense de cuan-
pleara el capi-
os días de opre-
stra Prensa, se
ejores hombres;
nsa cuantos ac-
as milicias con-
asesina, maltra-
tros militantes.

«Un día y otro día venía notándose en la capital, que en todos los tiempos ha sido feudo de la reacción y del caciquismo, la desaparición de ciudadanos, indiferentes unos, afectos al régimen otros, y de obreros enrolados en la C. N. T., los demás.

Nuestra Organización, los Sindicatos afectos a la Confederación, recibían cada día fuertes aldabonazos por parte de elementos encuadrados en un determinado sector político que antifacista se dice, aunque emplea los mismos métados del fascismo, con el fin de dar por los suelos con la pu-



traba. No pasó una sola vez sin que me regalara con una de sus amables frases y, sobre todo, sin que dejara de descargar sobre mi rostro sus gratas «caricias».

Una de las veces llegó hasta mí el gobernador civil. Lo recuerdo bien. Me hacía preguntas sueltas. Requirió de mí la filiación política de Eusebio Chico de Guzmán, Joaquín Hernández Ros, José Pérez García, Esteban Abad y Sicilia y Basilio Galindo Marín.

Recuerdo que una vez me preguntó: ¿Por qué os habéis pasado a la Confederación Nacional del Trabajo? Yo

talista. Si a pesar de su triunfo y de sus esfuerzos posteriores, la reacción stalino-capitalista no consiguió dar el abrazo amoroso a los «buenos españoles» franquistas, se debió a otras razones. Pero nadie podrá acusarla de no haber sabido reprimir la revolución.

Desde el punto de vista revolucionario, las jornadas de Mayo representan la más alta experiencia del proletariado español. ellas culmina el proceso revolucionario abierto en abril de 1931. Para calibrar bien su enorme valor político, hay que contemplar panorámicamente todo el proceso, despojarlo de detalles y elementos accesorios, y verlo con la nítida sencillez de quien observa desde lejos el perfil de una cadena de montañas. Entonces todo se esclarece. El proletariado español inicia su lucha revolucionaria con el triunfo de abril 1931, que instaura la república. Despierta apenas a la actividad política, la cuestión del régimen social se le presenta muy indistinta y parece no tener más enemigo que la extrema derecha monárquica. La ilusión no dura mas que un instante. La «república democrático-burguesa» —en realidad burguesa y pseudodemocrática— no es mas que el terreno donde los antagonismos fundamentales de la sociedad se revelan en toda su amplitud y se polarizan. A medida que la república vive y se afirma, el proletariado se siente más extraño a ella; la república burguesa aparece frente a él, y él frente a la república. A partir de entonces, lo que yacía en el fondo de la crisis política, la necesidad de la transformación socialista del sistema, emerge a la conciencia del proletariado y pugna por realizarse, a despecho de los obstáculos que encuentra en las propias organizaciones obreras. Gradualmente, el proletariado va identificando a todos sus enemigos, juzgándolos, no por la etiqueta política que ostentan, sino por la posición que toman frente a la revolución socialista. En Octubre de 1934 el ataque obrero va dirigido ya contra el capitalismo, englobando en él desde los partidos fascistas y monárquicos hasta la derecha republicana, al paso que mira con desconfianza manifiesta a los republicanos de izquierda, que se mantienen dispuestos a correr en ayuda de Gil Robles-Lerroux. En febrero de 1936, el fraude político del frente popular no consigue impedir que las masas respeten los límites impuestos por la república democrático-burguesa y tienen lugar las primeras expropiaciones. Cuanto aparecía como izquierda democrática se desplaza a la derecha, huyendo del ya irreprimible curso revolucionario del proletariado. La falta de organizaciones revolucionarias que guíen conscientemente la actividad del proletariado contra la prisión de la república democrático-burguesa, no impide al proceso revolucionario culminar. El desplazamiento a derecha de las organizaciones de izquierda, tanto republicanas como obreras, se acentúa a medida que el proletariado se aproxima a la etapa superior de su lucha. En Julio de 1936 toda la estructura y la superestructura de la república capitalista sucumben ante el ataque de las masas. La derrota militar-fascista se convierte automáticamente en una derrota del frente popular, más particularmente de las organizaciones obreras comprometidas a mantener, frente a la revolución, la república capitalista. Pero la combinación de factores que produjo el 19 de Julio velaba todavía la profunda oposición entre partidos obreros y revolución. Esa oposición no apareció en toda su espantosa realidad sino después del 19 de Julio, cuan-

do, frente a la obra revolucionaria de las masas, los partidos obreros se presentaban, develadamente ya, como depositarios directos de las instituciones capitalistas en la zona roja. Al darse cuenta, una vez que lo hubo comprobado de mil maneras, el proletariado se sublevó contra ellos. Eran el Partido Comunista (stalinismo) y el Partido Socialista (reformismo).

Tal es el significado de las jornadas de Mayo catalanas. En ellas culmina la crisis revolucionaria española, en ellas se condensa y precisa la experiencia de diez años de combates. En su lucha obstinada por dar una solución socialista a la crisis de la sociedad contemporánea, el proletariado español, habiendo empezado por atacar únicamente a los monárquicos, hubo de terminar atacando a los stalinistas y a los reformistas. Sublevándose contra la traición de esos partidos, el proletariado español señaló el paso decisivo al proletariado mundial. Repitiendo las palabras de un manifiesto de la Sección bolchevique-leninista poco después de la lucha armada, «el mito obrerista del frente popular cayó acribillado a balazos por millares de fusiles proletarios. Contrarrevolución y frente popular se escribieron conjuntamente con la sangre de los obreros caídos.» Si el proletariado resultó vencido, gracias al nuevo colaboracionismo practicado por la dirección de la C.N.T., no por ello las jornadas de Mayo pierden su espléndida ejemplaridad. Tanto en España como en el resto del mundo, el logro de la revolución requerirá frecuentemente jornadas de Mayo victoriosas.

En relación con la provocación stalinista que de manera inmediata originó las jornadas de Mayo, es imposible dejar de hablar del papel desempeñado por la representación diplomática rusa. No por secreto era ignorado. Detrás del stalinismo, llevándolo de la brida en su política general, trasmitiéndole constantemente sus principales consignas, induciéndolo a actos concretos, se mantenían los representantes diplomáticos rusos. La pista del golpe de mano organizado por Aiguadé y Salas, como, por otra parte, infinidad de actos menos conocidos de la conspiración reaccionaria, conducía al consulado ruso en Barcelona. Eso no altera lo más mínimo la significación política ni el alcance histórico de las jornadas de Mayo. Al contrario, subraya por primera vez la naturaleza contrarrevolucionaria de la política exterior del Kremlin, claro avance de la que alcanzaría su apogeo en Europa oriental, mostrando a Moscú unido a Londres y Washington —los futuros Tres Grandes— en una empresa común dirigida contra las masas. Pero únicamente cuando el proletariado ponga la mano encima a los archivos rusos podrán conocerse todos los detalles de la intervención reaccionaria de la diplomacia rusa. Añadamos que Moscú, pese su triunfo, pareció descontento del resultado de las jornadas de Mayo, pues el entonces cónsul en Barcelona, Antonof Ovseenko, fué llamado poco después a Moscú y desapareció para siempre de entre los vivos. Sin duda porque la intervención del consulado era conocida de todo el mundo, por más que no se pudiese probar, y porque el Kremlin esperaba un control todavía más absoluto del que impuso.

Del hecho que la insurreccón no obedeciese a un plan ofensivo y consciente, sino que fuera una violenta sacudida, un instintivo y desorganizado reflejo del ataque stalinista a la gestión obrera del servicio de teléfonos, las organizaciones que estaban en condiciones de llevarla al triun-

fo han sacado argumentos justificativos de su capitulación. La insurrección de Mayo —han dicho— estaba *necesariamente* condenada al fracaso. Nada más lejos de la verdad. Desde la huelga revolucionaria de 1909, el proletariado español ha producido sus más admirables jornadas de lucha como consecuencia de graves intentonas reaccionarias. La insurrección de Asturias en 1934, fué una respuesta a la deliberada provocación de Gil Robles-Lerroux. La gran victoria de Julio de 1936, comenzó también como una batalla defensiva y desorganizada, en respuesta a la provocación militar-fascista. El empuje de las masas la convirtió en una formidable ofensiva socialista.

De la misma manera, y con no menos probabilidades de éxito, la provocación stalinista de Mayo pudo haber sido cambiada en el triunfo decisivo del proletariado. Hubo oportunidad de aplastar a los provocadores de manera tan decisiva que jamás volvieran a levantar la cabeza. En realidad, los provocadores creyeron tener más fuerza de la que tenían, y atribuyeron al proletariado mucha menos de la que le quedaba. Cometieron el mismo error que los militares en Julio. Pero en Julio, las masas insurrectas obligaron a los partidos del frente popular a situarse junto a ellas, porque los partidos mismos, habiendo fracasado los últimos intentos de entendimiento con los militares, no tenían otro camino de salvación que sonreír a las masas. Pero imagínese cual hubiese sido el resultado de las jornadas de Julio, si al lanzarse las masas contra las tropas y los fascistas, los dirigentes de las grandes organizaciones obreras se hubiesen puesto a gritar, ¡Alto el fuego! y ¡Besos a los militares! Toda la superioridad numérica y combativa del proletariado no habría impedido que los militares y los fascistas salieran políticamente triunfantes.

Eso es precismente lo que ocurrió en Mayo de 1937. El centro de la provocación reaccionaria se había desplazado al stalinismo y al reformismo. Las masas respondieron con más energía, más unanimidad y más consciencia que en Julio; tenían posiciones fortísimas, y el triunfo habría sido esa vez inapelable. De hecho, tras las primeras venticuatro horas de insurrección, el triunfo de las armas obreras era completo. Las masas no podían ser vencidas por las armas. Fueron paralizadas, lanzadas atrás y derrotadas por sus propios dirigentes, *los únicos que estaban en condiciones de hacerlo*. Los vencedores resultaron vencidos; el triunfo en las barricadas se convirtió en derrota política; el camino quedó expedito a la contrarrevolución. No; el catastrófico resultado de las jornadas de Mayo no debe ser atribuído a la perfidia del stalinismo, ni al gobierno de Valencia y sus guardias de asalto, ni al de Cataluña y sus temblorosos *escamots*, ni al cónsul o al embajador rusos. Todos ellos estaban en sus puestos, obraban como era de esperarse dadas sus ideas e intereses; la derrota de Mayo se debe únicamente a la actitud adoptada por los dirigentes de la C.N.T., y en menor grado por los dirigentes del P.O.U.M. Las masas anarquistas contaban con su dirección, pero su dirección sólo apareció desde la barricada enemiga. Habrían podido ser organizadas por el P.O.U.M., pero el P.O.U.M. se sometía a las decisiones de la dirección cenetista.

Los señores «anarquistas» —dos comillas me parecen pocas— se han justificado muy a la ventura, pescando razones aquí y allí, a medida que se les ocurrían *post factum*. El pretexto es tanto más obligado cuanto que



la situación admite menos pretextos. Nadie podrá tacharme de parcialidad o tergiversación resumiendo sus justificaciones en estas tres:

1.—Los intereses de la victoria militar sobre el campo franquista exigían concordia entre todos los partidos del campo antifranquista.

2.—La discordia en nuestra zona beneficiaba a Franco.

3.—Las potencias democrática habrían intervenido abiertamente contra nosotros, caso de haber resultado triunfantes los trabajadores. Y como refuerzo de este argumento se ha hablado de barcos de guerra británicos y franceses llegados al puerto de Barcelona apenas iniciados los combates callejeros.

Ninguno de esos argumentos resiste la crítica. Los tres se deducen de concepciones reformistas, no de concepciones revolucionarias. Pero hay que ser pacientes para refutarlos, porque los pretextos, eternamente renovados y eternamente embusteros, son el pan cotidiano con que los dirigentes oficiales del movimiento obrero calman la impaciencia de las masas, y aplazan la revolución hasta las calendas griegas.

La guerra civil no caía de las nubes, no tenía un carácter militar abstracto, puramente técnico. Era la continuación armada de la irreductible oposición de clases característica de la sociedad mundial contemporánea. La guerra venía a decidir lo que no había encontrado solución por los medios normales de la lucha de clases. Dicho de otra manera, la técnica militar no era mas que un recurso supremo de la política. Se ejercía para satisfacer necesidades determinadas. Para las clases reaccionarias cuya representación armada expresaban los militantes franquistas, se trataba de salvar a cañonazos el sistema capitalista y su superestructura política. Para el proletariado y los campesinos que tan vigorosamente repelieron la intentona militar, se trataba exactamente de lo contrario: de aniquilar el sistema capitalista y cada una de sus instituciones, abriendo a la sociedad los horizontes infinitos del socialismo. Deduciéndola de sus finalidades, a cada campo le era propia, por consecuencia, *una manera correspondiente de hacer la guerra*. Tanto para sus fines estrictamente nacionales como para ganar la simpatía y el apoyo activo del capitalismo mundial, Franco tenía que adaptar su retaguardia, su ejército y sus medidas políticas, a los intereses esenciales del sistema. En consecuencia, defensa de los sagrados intereses de la propiedad contra la «barbarie» socialista, sujeción de las masas, orden jerárquico, religión, patria, familia, cuantas añagazas constituyen la metafísica de una sociedad de explotación.[3] Por el contrario, siendo la guerra civil producto del conflicto entre revolución y contrarrevolución, la eficiencia militar de nuestra zona exigía la adaptación de toda ella a los intereses de la revolución: organización socialista de la economía, poder revolucionario basado en la democracia de los Comités-gobierno, armamento proletario, ejército basado en la confianza de los milicianos hacia los mandos.[4] Todo eso, que había sido emprendido el

[3] Desde los primeros días de la guerra civil, la peseta ficticia de Franco, totalmente carente de respaldo metálico, se cotizó en el mercado mundial mucho más alta que la peseta "republicana", respaldada por todo el oro del Banco de España. Indudablemente, la metafísica reaccionaria tiene para el capitalismo mundial un valor más contante que el oro con que pueda contar la revolución.

[4] Véase el capítulo sobre el ejército.

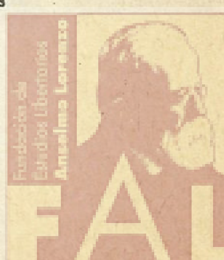
19 de Julio, constituía el motivo principal de lucha de las masas. Arrebatándoselo a las masas, la contrarrevolución stalino-capitalista saboteaba prácticamente la lucha militar contra Franco y los actos de solidaridad del proletariado mundial. Los enemigos de la revolución lo eran también de la guerra civil. La concordia con ellos sólo podía lograrse a expensas de la revolución y en perjuicio de la lucha miltiar. Hablando desde su barricada, los dirigentes anarquistas asestaron a las masas un golpe más grave que todas las maquinaciones stalinistas, que el aparato militar de Franco o la ayuda de Hitler y Mussolini. El ¡Alto el fuego! hundió en terrible postración no sólo al proletariado catalán, sino al de todo el país.[5]

De una «concordia» que destruía la energía revolucionaria de las masas se beneficiaba directamente Franco. Lo que, por oposición a ella, calificaron de discordia los dirigentes anarquistas durante los acontecimientos de Mayo, no es otra cosa que la lucha de clases. Su argumento justificativo se convierte pues en este absurdo: que practicar consecuentemente la lucha de clases era perjudicial a la guerra, ella misma expresión armada de la lucha de clases. Así, indirectamente, la justificación de los líderes anarquistas da la razón al stalinismo, quien sostenía que nuestra guerra nada tenía que ver con la lucha por la revolución. Por otra parte, el objetivo general de Franco era la concordia entre españoles, es decir, la prohibición de oponer proletariado a burguesía, socialismo a capitalismo, impidiendo, por la dictadura, las manifestaciones políticas de la lucha de clases. La «discordia» del proletariado con los traidores a la revolución, lejos de favorecer a Franco, era un arma de incalculables efectos contra él y contra cuanto él representaba nacional e internacionalmente, a condición, claro está, de triunfar sobre los traidores. Impidiéndo el triunfo, los dirgentes anarquistas dieron libre curso a la dictadura staliniano-capitalista, precursora de la de Franco. Ciertamente, la victoria proletaria en Mayo, que habría aniquilado a los últimos representantes del capitalismo en la zona roja, hubiese significado un golpe tremendo para el éxito de las armas franquistas. Quienquiera sea incapaz de comprender la eficiencia militar de una política revolucionaria, ignora la esencia misma de toda guerra civil.

El tercero de los argumentos citados es todavía más endeble que los otros dos. Muy probablemente, los buques extranjeros llegados a Barcelona no tenían otra misión que embarcar sus nacionales y sus representaciones diplomáticas, caso de necesidad. En cuanto a la intervención, formal o informal, de las potencias imperialistas contra el proletariado triunfante, si bien entraba dentro de lo posible y hasta dentro de lo lógico, no era parte a justificar la capitulación del proletariado ante los contrarrevolucionarios. Sin forjarse ninguna ilusión —a menos que se tenga por tal la

---

[5] En las semanas siguientes a la derrota de Mayo, he visto, en la zona de Puigcerdá, centenares de viejos militantes cenetistas llorar de ira y de dolor por la traición de que habían sido víctimas. Todas sus conquistas les habían sido arrebatadas, y el terror staliniano-gubernamental había caído sobre ellos, testimoniando el verdadero significado de la concordia. No era tan grave la derrota como la decepción de una dirección en la que habían depositado su confianza. Después de lo visto en Mayo, ¿en qué creer y por qué luchar? — tal era la reflexión corrosiva que abatía los entusiasmos.



convicción de la madurez de Europa para el socialismo y de la voluntad proletaria para ayudar la revolución española— se podía tener por cierto que el proletariado español habría disfrutado de una solidaridad internacional mucho más extensa y activa que aquella que, antaño, impidió la intervención extranjera en gran escala contra la revolución rusa. Francia se hallaba al borde de la guerra civil, Mussolini se tambaleaba, en Inglaterra renacía la ofensiva obrera. Hitler mismo resentía el efecto de la esperanza mundial despertada por la revolución española, y Stalin habría sido aparatosa y definitivamente desenmascarado. No, la revolución española no estaba sola; a la intervención de las potencias imperialistas o del Kremlin, hubiera podido responder sublevando contra sus respectivos gobiernos las masas de los países intervencionistas.

Sin duda, esta solución les parecerá utópica a quienes en Mayo capitularon. Qué tiene de asombroso si la revolución española misma, *después de hecha por las masas,* les pareció una utopía? La revolución no conseguirá jamás evitar el ataque de la reacción internacional sino por el contraataque del proletariado internacional. Lo utópico es esperar, para hacer la revolución, a que lo consienta el capitalismo mundial o permanezca neutral. Una revolución no es algo que se inicia o se frena a placer, en espera de seguridades contra la intervención exterior. Fenómeno social en el cual convergen infinidad de factores lentamente producidos por el proceso histórico, al hacer irrupción en la escena política rehusa terminantemente toda dilación o modificación. Lleva en sí una imperativa dinámica que lo obliga a desenvolverse, cualesquiera que sean las condiciones internacionales, buenas o malas. Pero ella misma, precisamente por ser un fenómeno extraordinario lentamente preparado por la evolución humana, encierra una inmensa capacidad modificadora de las condiciones internacionales, pues la mayoría de la humanidad anhela su llegada. Habiendo tenido en sus manos esa palanca capaz de mover mundos, los dirigentes anarquistas, no sabiendo reconocerla o temerosos de emplearla, la depositaron, hecha pedazos, a los pies de las condiciones internacionales.

En último análisis, rechazar o simplemente frenar la revolución para evitar la intervención de sus enemigos exteriores, es una táctica tan sensata como la de suicidarse para evitar ser asesinado.

Se ha recurrido además, teniendo en cuenta ya los catastróficos resultados del ¡Alto el fuego!, a otra justificación que pretende ser estratégica, puramente interior y determinada por los intereses de la revolución. Se han servido de ella alternativamente los dirigentes de la C.N.T. y del P.O.U.M. Cataluña —han dicho— estaba aislada. El proletariado del resto de nuestra zona, falsamente informado por el Gobierno, stalinismo y reformismo, quienes presentaban como fascista la insurrección catalana, no la apoyaba. En el supuesto de que se hubiese tomado el poder, Cataluña habría entrado en conflicto con el resto de nuestra zona. La retirada era obligada para no desequilibrar la marcha entre uno y otro proletariado. Seguir adelante en Cataluña sólo habría sido aventurismo y ultraizquierdismo. Era necesario esperar que el proletariado en general se pusiese a compás del proletariado catalán.

Tal parece que quienes esgrimen este argumento hubieran cavilado

diariamente de sol a sol sobre la manera de tomar el poder. El argumento se convierte en risible recordando que la C.N.T. y el P.O.U.M. nunca hablaron, ni antes ni después de Mayo, de que el proletariado y los campesinos se adueñasen del gobierno. Fué un problema inexistente para esas organizaciones, cual si jamás se hubiese hecho mención de él en el movimiento obrero mundial. Pero debemos olvidarlo momentáneamente para refutar el argumento como si fuera auténtico.

En primer lugar, la información que de los hechos de Mayo recibiera el proletariado no catalán dependía de quien saliera victorioso. Hasta hoy, la historia la han escrito los vencedores, y los vencedores, siempre que han representado intereses reaccionarios, la han falsificado. Cuando el ¡Alto el fuego! hubo vencido a los trabajadores, la censura fué impuesta en Cataluña, única región todavía a salvo de ella. El stalinismo y sus auxiliares reformistas y burgueses quedaron en libertad de propalar su calumniosa versión de los acontecimientos. Tanto, que hoy mismo parte del proletariado español no conoce más que la versión contrarrevolucionaria. En segundo lugar, la C.N.T. tenía medios más que sobrados para informar verídicamente al proletariado español, pasando por encima de la censura, desde que sonaron los primeros disparos. Se abstuvo de hacerlo únicamente por no obstaculizar la obediencia a la orden de ¡Alto el fuego!, en manera alguna por razones de estrategia revolucionaria. ¿Qué impidió a la C.N.T. radiar la verdad de lo ocurrido, denunciar la gravedad de la provocación staliniano-capitalista y pedir auxilio a las masas obreras y campesinas de todo el país, en lugar de radiar sus mensajes de fraternidad a stalinistas y guardias? La verdad es que ni la C.N.T. con sus poderosos recursos, ni el P.O.U.M. con los suyos más reducidos, quisieron dar una información verídica a la totalidad del proletariado. No pensaban mas que en la extinción del conflicto, por reconciliación con los contrarrevolucionarios, lo más pronto posible, antes de que el proletariado del resto de nuestra zona pudiese imitar al catalán. Mal podía hacerse así la junción entre uno y otro proletariado.

El hecho que nadie puede negar es que la victoria, militarmente, correspondió al proletariado. A partir de ese momento, no había otro camino, desde el punto de vista de la revolución, que consolidarla políticamente y aprovecharla a fondo. Antes de que estallaran los acontecimientos de Mayo sí se debió retener al proletariado catalán, no para hacerle desistir del ataque, sino para preparar, conjuntamente con todo el proletariado, el ataque decisivo a la contrarrevolución stalino-capitalista. Una vez la lucha iniciada, el desnivel tenía que cubrirse poniendo todo el proletariado, o al menos el de las ciudades principales, al nivel del catalán. El retroceso de éste significaba forzosamente una derrota tremenda y general, que no permitiría hablar más de ataque. Si bien la revolución debe procurar siempre escoger el momento y las condiciones más ventajosas de lucha, tiene ella un proceso propio de desarrollo que no le permite esperar indefinidamente la maduración de todas las condiciones necesarias a su triunfo. Pero ella misma es, por su sola presencia, la más poderosa palanca transformadora de las condiciones que conozca la historia. No son mas que mediocres revolucionarios, de aquellos aptos para cavar su tumba, quienes se revelan incapaces de manejar esa palanca.

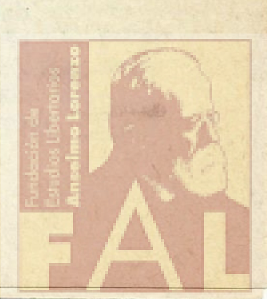
El indiscutible triunfo militar del proletariado catalán, afirmado en triunfo político, lo que se hubiera conseguido con cinco palabras de la C.N.T.: «Tómese por asalto la Generalidad», habría transformado radicalmente el panorama de las condiciones en el resto de la zona roja. En Castilla, Valencia, Andalucía, Asturias y Vasconia, la irritación del proletariado contra la reaccionaria política gubernamental no era inferior que en Cataluña. Era mayor la impotencia debido a varios factores: menor densidad demográfica del proletariado, proximidad de los frente de guerra, y sobre todo mayor control de los aparatos orgánicos de los partidos «Comunista» y «Socialista». La conciencia contrarrevolucionaria de estos aparatos, ausente en el de la C.N.T., que al día siguiente del 19 de Julio permitió a la revolución ir más lejos en Cataluña que el resto del país, establecía la misma separación en Mayo, dejando espectante al proletariado no catalán. En aquellos meses, el Estado capitalista estaba prendido únicamente al aparato «comunista» en primer término, «socialista» en segundo; así y todo muy mal, con hilvanes y parches. Un triunfo indiscutible del proletariado catalán, habrían roto los débiles hilos que mantenían el proletariado del resto del país atado a los aparatos «comunista» y «socialista», provocando instantáneamente la junción con Cataluña. El polo capitalista del poder, trabajosa y malamente rehecho, no podía considerarse firme hasta no haber vencido y desarmado al proletariado catalán. Por el contrario, la victoria del proletariado catalán significaba la desaparición de aquél. Era tan débil y ficticia la reconstitución del Estado capitalista, que su propia representación máxima, el gobierno de Largo Caballero, no se habría atrevido a hostilizar el proletariado catalán triunfante. En todas partes se hubiese planteado inmediatamente y con las mayores probabilidades de victoria, la cuestión de cuestiones: todo el poder al proletariado. Lejos de faltar condiciones para la victoria en Mayo, una vez segura la victoria militar, las condiciones restantes estaban dadas por consecuencia, sin otro esfuerzo que afirmarla políticamente y hacer llamamiento al demás proletariado. Transformando por su intervención capituladora, la victoria militar en derrota política, la alta dirección de la C.N.T. dió el aliento que les faltaba a los aparatos stalinista y reformista, sustento único del reaccionario, viejo Estado.

Uno a uno, los argumentos empleados por los capituladores en su descargo rebotan en la realidad y van a gritarles en las narices: *no hubo ningún momento más propicio y más seguro para el triunfo de la revolución, no lo habrá tampoco en el porvenir; habéis hecho la victoria muchísimo más difícil y costosa.* En efecto, el gran mérito de las jornadas de Mayo es haber derrotado militarmente al stalinismo, que por primera vez desempeñaba el cometido de vanguardia ideológica y fuerza de choque de la contrarrevolución. De haberse transformado la realidad de la calle en la toma del poder, el papel del stalinismo en el movimiento obrero habría quedado definitiva y mundialmente esclarecido, ahorrando al proletariado europeo las nuevas traiciones de que el stalinismo le ha hecho objeto durante y después de la guerra imperialista. Muy probablemente, ni siquiera hubiese tenido la oportunidad de traicionar, porque la revolución española habría impedido la guerra imperialista y puesto en el orden de las posibilidades inmediatas la revolución europea.

El costo de la derrota política de Mayo, que todavía está pagándose bajo Franco, empezó a pagarse inmediatamente que los obreros se retiraron de las barricadas. Centenares de militantes —de los mejores militantes— fueron asesinados en checas stalinistas, comisarías, y en las afueras de la ciudad. Todo un equipo de dirigentes de las Juventudes Libertarias, ventitantos hombres, de los cuales el más conocido era Martínez, fueron encontrados muertos junto a una carretera. Sin citar más que los nombres conocidos, fueron asesinados Camilo Berneri, y Barbieri, anarquistas, y poco después Andrés Nin (P.O.U.M.) y los trotskistas Wolf y Freund («Moulin») y tantos otros cuyos nombres es imposible recordar, sin hablar de los millares de encarcelados. El número de militantes asesinados en el transcurso de la dominación stalino-negrinista se eleva a varios millares. La mayoría de los casos sólo podrán conocerse el día que el proletariado haga la revolución. Para caracterizar la intensidad y la calidad del terror gubernamental, nada más apropiado que las palabras de Irujo, representante de los católicos vascos en el gobierno Negrín. Sus palabras tienen aun mayor valor por haber sido dichas en el proceso seguido más tarde contra el P.O.U.M., cuando se ejercía toda la coacción y el terror gubernamental para impedir testimonios favorables a los acusados. En estas condiciones, y dado el acuerdo general del declarante con la política stalinista, las palabras de Irujo deben ser consideradas como una verdad atenuada: tras las jornadas de Mayo —dijo— «los revolucionarios amanecían asesinados en las cunetas de las carreteras, en mayor cantidad que en la zona franquista.»

El precio político de la derrota no se hizo esperar. La Sección bolchevique-leninista y los «Amigos de Durruti», las únicas organizaciones que habían apoyado decididamente la insurrección obrera, fueron lanzadas a la ilegalidad por la violencia misma de la represión. Semanas después, todas las oficinas del P.O.U.M. eran clausuradas, prohibido su periódico, incautada su imprenta. El orden público y la dirección militar del frente aragonés pasaron a manos del gobierno central, a ruego de los mismos stalinianos y pequeño-burgueses que hacían gala de su catalanismo. Mientras Barcelona era atiborrada de guardias de asalto, civiles y de carabineros, pertrechados con las mejores armas, el Gobierno consideraba fascistas a los obreros que guardaban en su poder un fusil o una pistola. Nuestra retaguardia tomó el aspecto que tuvieron todas las ciudades españolas bajo el gobierno Lerroux-Gil Robles. Millares de guardias, fusil al hombro, cartucho cortado, deambulaban por las calles, vigilaban las fábricas y los barrios obreros, protegían los bancos, las oficinas gubernamentales y las residencias de los dirigentes traidores. La infame campaña de «todas las armas al frente» había triunfado.

La victoria de la contrarrevolución tenía que cuajar en un nuevo Gobierno. Todavía no terminaba el mes de mayo cuando el partido stalinista, siempre a la cabeza de la iniciativa reaccionaria, provocaba la dimisión del gobierno de Largo Caballero, quien por su parte se dejó echar sin resistencia, no obstante que habría podido recibir, en cuanto lo solicitara, todo el apoyo de las masas contra el stalinismo. Se constituyó el conocidísimo gobierno Negrín, del que debo decir algo aquí, antes de dedicarle, al final de esta obra, el capítulo que se merece.



Si bien es verdad, que en el Partido Socialista, sin que fuera excepción entre los partidos españoles, las cabezas no se distinguían por su luminosidad, la de Negrín, médico con veleidades políticas a la rebusca de algo, era una de las más opacas. Eso hizo su suerte, permitiéndole ser durante cerca de dos años jefe del Gobierno, adquirir renombre y envilecerse. Pero para la piel de un Negrín el renombre es una satisfacción, aunque sea el renombre del torsionario.

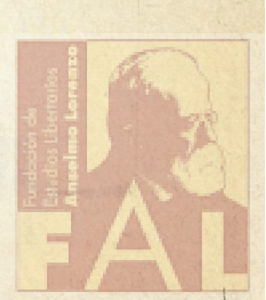
Había llegado la hora del festín para todas las tendencias reaccionarias pro abrazo de Vergara. Las principales eran el stalinismo y la derecha socialista representada por Prieto. Pero si estaban de acuerdo en los lineamientos principales de la política a seguir —abatir enteramente la revolución, meter en cintura al proletariado, hacer la paz con la pandilla franquista— divergían en cuanto al patronato internacional que habría de dominar en España. El stalinismo representaba a la contrarrevolución rusa, ya en busca de sitios donde meter la mano; el reformismo representaba al imperialismo inglés y francés, al yanki también aunque éste siguiera de lejos los acontecimientos de España. La oposición de esos factores, convergentes en la misma labor reaccionaria, dió su oportunidad a la opacidad de Negrín. Las tendencias convinieron en él como presidente del Gobierno, por su falta de personalidad y porque cada una pensaba dominarlo. Prieto creyó salir ganando, pues Negrín había formado hasta entonces entre la gente de su clientela. Pero el stalinismo, ducho en la manipulación de hombres no sobrados de honradez y enteramente desprovistos de convicciones, se metió en seguida a Negrín en el bolsillo.

Una de las primeras declaraciones de Negrín, ya presidente del Gobierno, fué para anunciar al mundo en general, y a la zona franquista en particular, su propósito contrarrevolucionario y de capitulación ante el enemigo: «Todavía es prematuro para hablar de paz; *ya llegará el momento oportuno*. No podemos hablar de paz *antes de* haber asegurado la tranquilidad absoluta en la retaguardia.» (Subrayado por mí). ¿Qué tranquilidad era turbada en la retaguardia y quién la turbaba? Lo hemos visto en las páginas y capítulos anteriores. La tranquilidad de quienes suprimían las libertades y conquistas obreras, destruían las colectividades agrícolas, expropiaban la industria al proletariado mediante la nacionalización o la devolución a los antiguos propietarios, desarmaban al proletariado, reponían en vigor, en el ejército, el código militar de Carlos IV, perseguían, fusilaban, asesinaban y calumniaban a los revolucionarios; era la tranquilidad de la dictadura policíaca que Negrín se iba a encargar de establecer, bien aconsejado y secundado por la G.P.U. Esa tranquilidad la turbaba únicamente el proletariado, al que Negrín se proponía inmovilizar por completo antes de tender la mano a Franco. Los fascistas y viejos reaccionarios existentes en nuestra zona, estaban todos detrás de Negrín y el stalinismo, unos activamente y otros pasivamente. Pero en efecto, todavía era prematuro para hablar de paz. Al proletariado le quedaba suficiente fuerza para impedirla, pese la derrota de Mayo. La avalancha de indignación y protestas que provocaron las declaraciones de Negrín, incluso en el Partido Socialista, le obligaron, junto con sus flamantes consejeros stalinistas, a atemperar sus ardores por abrazar a los fascistoi-

des franquistas. Y cuando la dictadura policíaca llegó a ser suficientemente fuerte para impedir toda protesta proletaria, ya era tarde para que Franco aceptara pactar con miserables traidores que, al hacer el propio trabajo represivo de Franco, le daban la victoria. — *Del triunfo sobre el proletariado en Mayo, a la fraternidad con el enemigo fascista.* Tal fué el resultado del ¡Alto el fuego!

El órgano del imperialismo financiero británico, *The Times* (8 octubre 1937), regocijándose por la obra de Negrín, indicaba expresamente que iba dirigida a ganar la voluntad del generalato franquista: «Al restablecer la ley, el Gobierno hace un llamamiento a algo más que la simple confianza popular. Este llamamiento bien podría ser capaz de atravesar la frontera de las trincheras.» Esta flemática sinceridad de la revista de la *City* —información diplomática— nos ahorra tener que insistir sobre el carácter contrarrevolucionario, traidor militarmente, del gobierno stalinista presidido por Negrín. Recordemos únicamente el proceso general: «todas las armas al frente», «menos comités y más pan», «todo el poder para el Gobierno», «ejército popular», «quienes colectivizan y hablan de revolución social son ladrones», «trotskistas agentes de Franco», «anarco-trotskistas», etc., etc. El todo, se transformó, mediante la orden de «¡Alto el fuego!», en un Gobierno dominado por el stalinismo que aspiraba a hacerse escuchar del generalato franquista, dándole pruebas terminantes de su capacidad para reprimir la revolución. Así se aniquiló un movimiento que, triunfante, habría cambiado todo el curso de la historia europea y mundial.

El gobierno stalinista de Negrín va a liquidar enteramente la revolución y dar una muestra de lo que en Rusia es el gobierno del «padre de los pueblos.» Pero, sin adelantarme a lo que ha de ser dicho en el capítulo correspondiente, sería injusto terminar éste sin decir que la obra del gobierno Negrín tenía su génesis en la obra previa del gobierno Largo Caballero. Este, gracias al apoyo de la C.N.T. y del P.O.U.M., inició la destrucción o la sumisión de los Comités-gobierno, el desarme de las masas, la expropiación del proletariado mediante la nacionalización, la reconstitución de los cuerpos coercitivos y de los tribunales capitalistas, la reconstitución del viejo ejército. Todas y cada una de las medidas que al final del gobierno Negrín materializan ya la contrarrevolución, arrancan del gobierno Largo Caballero. Una sombra solo de poder capitalista, bastó para rehacerlo todo en carne y hueso. Capitalismo y socialismo son inconjugables.





NI JEFES NI LIDERES
NI PARTIDOS
NI SINDICATOS

Abajo La Esclavitud Asalariada

BARCELONA - 1976